

cultura, la industria y el comercio a su prosperidad presente y hoy los empuja en la misma vía con creciente rapidez.

Desconfíese, pues, de la iniciativa privada.

Por otra parte, el Estado desempeña su papel de protector de manera que arruina a unos, desorienta a otros, hace retroceder atemorizados a los que más necesitan su ayuda; su método para organizar la defensa del país es tan extravagante, y a la vez tan ineficaz, que a diario se oyen quejas, reproches, bromas; por último, como intendente de la nación y de una parte de nuestro vasto dominio público, saca, por todo producto, sólo déficit.

Fíese, pues, en el Estado. Despréciense al siervo útil y fiel, y asciéndase luégo al siervo que no sirve para nada; de un talento, súbasele a diez.

Seríamente, no cabe dudar que el caso no es el mismo bajo diversos aspectos; pero esta consideración no resulta en favor del Estado.

Porque la función nueva que se trata de confiar no es del mismo género que la antigua: es más complicada.

El gobierno cumple ya mal sus deberes naturales. Pues bien, más mal aún cumpliría tal vez los otros. Proteger a los ciudadanos contra toda agresión, venga de una nación o de un individuo, es una tarea bastante sencilla: trazado está el camino; pero regular, de un modo indi-